



Simón el pollito rebelde

De Mi Libro de Cuentos



En una granja rodeada de campos dorados y cercana a un bosque donde los árboles susurran secretos antiguos, vivía Martha, una gallina joven de plumaje color canela y ojos brillantes como semillas de girasol. Su pequeña casa de madera, construida por las hábiles alas de su madre, olía a hierbas secas y a los recuerdos de generaciones pasadas.



Mientras sus vecinas cacareaban orgullosas con sus pollitos alrededor, Martha recolectaba semillas en su bolso de lino azul, el mismo que su madre le había entregado con una advertencia: "En nuestra familia, solo un huevo nacerá. Será tu mayor alegría y tu mayor responsabilidad".



Una mañana de primavera, mientras removía una olla de sopa de maíz, Martha sintió un calor familiar en su vientre. Corrió al nido tejido con ramitas de sauce y, entre nerviosa y emocionada, puso su primer y único huevo: blanco como la luna, con tenues motas doradas que brillaban bajo la luz del atardecer.



Las vecinas llegaron con regalos: granos de trigo selectos, plumas suaves para el nido y consejos no solicitados. Pero la celebración se tornó sombría cuando Clara, la gallina más vieja del corral, bajó la voz: —El lobo gris ha vuelto. Anoche se llevó a Florencia, la tejedora.



Martha apretó su huevo contra el pecho. Su casa, aislada entre los prados, era vulnerable. Desde ese día, solo salía cuando el sol estaba alto, y siempre regresaba antes de que las sombras del bosque se alargaran hacia la granja. Cuando Simón nació, era un torbellino de plumas amarillas y curiosidad insaciable. Cada día exploraba más lejos, desafiando los gritos de su madre: — ¡Simón, no subas a esa roca!



—¡Simón, deja esos hongos! —¡Simón, el arroyo es peligroso! Pero el pollito, con su cresta roja temblorosa de emoción, solo veía un mundo por descubrir. El día del conflicto comenzó con buenas intenciones. Simón encontró unos frutos escarlata cerca del bosque y, orgulloso, se los llevó a Martha. —¡Mira, mamá! ¡Te traje comida!



El grito de terror de Martha lo dejó paralizado. —¡Son frutos del sueño eterno! —gritó, guardándolos rápidamente en su bolso—. ¿No entiendes el peligro? —¡Solo quiero ayudar! —replicó Simón, sus alas temblando de frustración—. ¡Deja de tratarme como un bebé! Esa noche, Martha no regresó. Simón esperó junto a la ventana, viendo cómo las estrellas pintaban el cielo y el viento llevaba un aullido lejano. Al amanecer, encontró el cartel que lo confirmó: el lobo la había tomado.



Los gallos veteranos se encogieron de hombros. —Nadie desafía al lobo y vive —dijo uno, evitando su mirada. Con el corazón latiendo como tambor, Simón se adentró en el bosque. Las ramas arañaban su plumaje, y los sonidos desconocidos lo hacían estremecer, pero siguió adelante, guiado por el rastro de plumas canela que brillaban bajo la luz de la luna.

La guarida del lobo era una cueva oscura que olía a huesos y miedo. Desde las sombras, Simón vio al lobo gris, enorme como una nube de tormenta, revisar su jaula de hierro donde Martha yacía, inmóvil pero con vida. El plan surgió de sus días de travesuras. Mientras el lobo patrullaba, Simón se coló y encontró a su madre. —¡Lleva la llave al cuello! —susurró Martha, abrazándolo con alas temblorosas—. Es imposible...



—No para mí —dijo Simón, notando el bolso familiar en un rincón. Con agilidad aprendida de sus escapadas, colocó los frutos rojos en un plato oxidado. El lobo, al regresar, se rió con voz que hacía vibrar las paredes: —¡Un aperitivo antes del plato principal! Cuando los ronquidos del lobo resonaron en la cueva, Simón trepó por su pelaje áspero y robó la llave con su pico. La jaula se abrió con un chirrido que pareció despertar al bosque entero.



—¡Rápido, vamos! —gritó Martha, pero entonces vio la jaula vacía y comprendió. Juntos, arrastraron al lobo dormido dentro y cerraron el candado. Martha dejó una nota escrita con carbón en una hoja seca: "Señor Lobo: El hambre no excusa la crueldad. Le dejaremos aquí tres días para que recuerde el sabor del miedo que sembró. Cuando vuelva, si promete irse para siempre, le daré agua y semillas para su viaje. —Martha, la gallina que pudo vengarse pero eligió enseñar"



De regreso a casa, bajo un cielo teñido de rosa, Martha miró a su pollito con nuevos ojos. —Eres más valiente que cualquier gallo del corral —dijo, acariciando su cresta—. Perdón por no verlo antes. Simón, cansado pero feliz, se acurrucó bajo su ala. —Y yo aprendí que a veces, mamá sí sabe más. El lobo cumplió su palabra. Partió hacia montañas lejanas, y las gallinas recuperaron sus amaneceres. Pero la mayor transformación fue en Simón, cuyo nombre pasó a ser sinónimo de valentía en la granja, aunque él prefería seguir siendo, simplemente, un pollito curioso que había descubierto que el amor es la mejor brújula para explorar

